

caelestia desiderata praeveniant: bien de las cosas terrenas, y  
 Per Dominum nostrum Jesum lleguemos á gozar de las celestiales que deseamos : Por  
 Christum... nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 51 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia IX, pág. 167.*

## REFLEXIONES.

Contemplando en toda su extension la verdad de aquel oráculo divino que nos asegura que la vida del hombre en este valle de lágrimas es una guerra continua; cuando se toca con la experiencia que estamos cercados de enemigos visibles é invisibles que por todas partes nos ponen asechanzas; viendo finalmente la debilidad de nuestras fuerzas para combatirlos, y los débiles recursos que podemos esperar de nuestra naturaleza corrompida, es preciso llenarse de confusión, y casi llegar á desconfiar de que nos sea posible la victoria, y de consiguiente la felicidad y la ventura. ¡ Cuántos atractivos nos ofrece el mundo en sus riquezas, en sus pompas, en sus delicias, en su esplendor! ¡ cuántos lazos secretos nos tiende el enemigo comun en las pasiones, en los encuentros de la vida, en la falsa sabiduría, y aun en los mismos ejercicios de virtud! ¡ cuántos peligros en el trato y comunicacion de aquellos mismos á quienes la naturaleza, y mucho mas la fe, nos hace mirar con la seguridad y confianza de hermanos! Todo nos convence de la verdad de aquella famosa sentencia de san Pablo, que no encuentra para el hombre destino ni situacion que no esté cubierta de peligros.

Pero si por otra parte se fija la consideracion en la gran misericordia de Dios; si se considera la omnipotencia de la gracia victoriosa que nos ganó Jesucristo con el tesoro infinito de su sangre; si se miran sus prodigiosos efectos y admirables triunfos en aquellos

adalides del cristianismo, que para nuestro consuelo é instruccion nos propone nuestra madre la Iglesia, es preciso confesar que se ensancha el corazon, y que vuelve á cobrar vida la mas amortiguada esperanza. Considérense las expresiones que pone la Iglesia en boca de esta santa mártir; considérese su inocente vida y su glorioso martirio; ¿ quién será tan infiel y tan cobarde que no se atreva á decir con el apóstol, *Todo lo puedo con la gracia de aquel que me conforta?* ¿ Quién dejará de cobrar ánimo y valor para desafiar á todas las fuerzas del infierno, y decir con la santa confianza del mismo: Tengo certeza de que no habrá en el mundo potestad, virtud, ni fuerza para separarme del amor de mi Señor Jesucristo, aunque se unan contra mí las cadenas, los cepos, los cuchillos, los hornos encendidos, los destierros, los azotes, todo el poder de la tierra, y todo el encono y astucia de los abismos?

Sin embargo de ser esto verdad, se necesita todo el apoyo de la Iglesia para que nuestra flaqueza pronuncie tan confiadas palabras, y llegue á persuadirse que ha habido tiempo en que eran frecuentes entre los cristianos semejantes espectáculos. No solamente podemos decir con verdad que se ha resfriado con el discurso de los tiempos aquella ardiente caridad que desafiaba á los tiranos; sino que se puede añadir, que la fe, que era su base y fundamento, no tiene en nosotros su antigua solidez y firmeza. Un nacimiento ilustre rodeado de riquezas, de criados y de delicias; una edad juguetona, lozana y lisonjera; unas prendas colmadas de los encantos del genio y de los atractivos de la belleza; la vida en fin mas amable y mas amada que todo, se nos figura de demasiado valor y precio para mirarlo con abandono, y para sacrificarlo por Jesucristo. Puestos de un lado estos lisonjeros bienes de la naturaleza, y de otro el precio de la fe y la gloria de

su confesion, acaso perderia esta última el equilibrio en nuestra estimacion, inclinandose la balanza de nuestra eleccion hácia los primeros.

Hoy nos propone la Iglesia un martirio con circunstancias tan admirables, que, ó no nos hemos de parar á considerarlas, ó han de causar en nosotros la confusion mas llena de vergüenza. Si se nos pusiesen delante de los ojos la predicacion y expediciones de un apóstol, las altas visiones y misterios de los profetas, ó los escritos sabios y copiosos de los santos padres, tendríamos menós motivo de reprender én secreto la debilidad de nuestros corazones. Pero, ver una flaca mujer, una tierna doncella que da generosamente su vida por Jesucristo; una doncella que pisa con planta heroica cuanto tiene el mundo de precioso y recomendable por abrazarse con Jesucristo, á quien se habia entregado desde la infancia; ver una delicada jóven que, cercada por todas partes de cuantas baterias puede inventar la astucia mas diabólica, triunfa de todo, lo vence todo, es superior á todo; ciertamente que es un objeto digno de todas nuestras admiraciones, y mucho mas de que le meditemos con reflexion, para sacar de sus operaciones los frutos y consecuencias que necesita nuestra vida estragada, y nuestro espíritu flaco y sin fuerzas.

Las vidas de los santos son unas reglas por donde nosotros debemos medir nuestras operaciones, son un espejo en el cual nos hemos de mirar atentamente, para descubrir las manchas que afean nuestra conducta; y son finalmente unos fiscales mudos que, con su actividad acusan nuestra negligencia, con su fortaleza confunden nuestra cobardia, y con su caridad y perfeccion nos condenan por siervos inútiles, por indignos del nombre de cristianos.

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia IX, pág. 170.*

## MEDITACION.

SOBRE LA FORTALEZA DE LOS MÁRTIRES, Y SOBRE NUESTRA FLAQUEZA Y COBARDÍA.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que la atrocidad de los tormentos, y la porfia con que el mundo ha perseguido á los mártires de Jesucristo, han sido tan grandes, que han comendado cuanto puede sugerir la crueldad mas inhumana y desapiadada, y el odio mas enconado y furioso. En todos los tiempos ha manifestado la experiencia la verdad de estas proposiciones; pero en los primeros siglos de la Iglesia se veian confirmadas con muchos ejemplos cada dia. Entonces eran necesarios un valor y esfuerzo extraordinarios, no solamente para cumplir las obligaciones severas de cristiano, sino para tener este augusto nombre, que entre los paganos era un verdadero delito. Entre ellos, el perseguir á los discípulos del Crucificado, el destruirlos, el anonadarlos era un acto de religion, por el cual clamaba á voz en grito todo el imperio. La sangre mas pura, la mas noble, la mas digna de amor y respeto no se libraba de ser derramada sin piedad, tanto en los palacios suntuosos, y á la vista de los emperadores, como en el seno de la miseria y en los lugares mas ocultos. El esposo delataba á su misma esposa, y aun la llevaba arastrando delante de los tribunales y de los inicuos jueces. El padre no perdonaba á su hijo; y el mirar en él las señales sagradas de cristiano era un justificado motivo para llevarle al cadalso y ejercer en él, si era necesario, el oficio de verdugo. Por todas partes se veia la persecucion; por todas partes se derramaba la sangre de los cristianos, se regaba la tierra con ella, con ella se formaban arroyos que inundaban

al universo. Los calabozos, las cadenas, los tormentos, los braseros encendidos, los azotes emplomados, las uñas de hierro, el cuchillo y la espada instan para la eleccion, y no hay mas asilo que las aras sacrílegas; no hay mas jueces que los tiranos mismos, ni otra justificacion que una abominable apostasia.

Con todo eso asombra el número prodigioso de ancianos, de jóvenes, de doncellas, que, llenos de una fortaleza superior á todo lo natural, no solamente vencen todos estos tormentos cuando son aprendidos, sino que, movidos del Espíritu Santo, se atreven á presentarse á los jueces, y desafiar sus crueldades y sus tormentos. ¿Seria posible que una naturaleza frágil, debilitada, enferma, suministrase fuerza y valor para acciones tan heróicas? ¿Seria creible que la humana sabiduría, la persuasion, ó las preocupaciones de la infancia fortaleciesen el corazon para unas acciones tan inauditas? No: la naturaleza y la ciencia humana prescriben la propia conservacion. Se hace forzoso concluir que solamente la gracia de Jesucristo pudo ser quien diese fortaleza á los mártires para despreciar una vida perecedera, y derramar alegremente su sangre, haciendo de ella sacrificio á la fe de Jesucristo. Solamente la conviccion interior que tenian de las verdades reveladas, el saber por la fe que hay una vida inmortal, que el que ama su vida como debe no teme perderla para lograrla despues eternamente gloriosa, que tiene asegurado la Verdad misma por esencia que el que aborrece santamente su vida en este mundo, la ama y conserva para la vida eterna; solo esto pudo darles valor para ver despedazar sus cuerpos, para ver correr arroyos de sangre de sus venas, para mirar con rostro tranquilo todos los instrumentos de la crueldad, y para bendecir á Dios con cánticos de alabanza, celebrando como dones suyos muy singulares aquellos mismos tormentos que eran tenidos de

los ciegos paganos por miserias, y por las mayores infelicidades de esta vida.

Pero para portarse con tanta fortaleza y valor, ¿qué juicio no debian tener formado tan ventajoso de la religion cristiana! ¿qué instruccion no debian tener de las sublimes verdades que ella nos enseña! ¿qué firmeza en sus esperanzas, qué certeza en su fe, y qué ardor tan activo el de su caridad! ¿Nos podremos contemplar nosotros adornados de estas hermosas cualidades? ¿Podriamos formar un juicio prudente, de que constituidos en las mismas circunstancias obrariamos de la misma manera? ¿Tendriamos igual valor, igual fortaleza para confesar el nombre de Cristo, y dar la vida por sostener su fe? No hay duda que es el mismo Dios el que dió á los mártires misericordiosamente la gracia de una fortaleza superior á todas las astucias del mundo y á todos los tormentos que pudo imaginar la crueldad; pero nuestra conciencia nos asegura que son muy diversas las disposiciones que este mismo Dios hallaria en nuestras almas para derramar sobre nosotros las gracias de su misericordia.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque en los tiempos presentes no hay tiranos que persiguen á los que profesan la fe de Jesucristo, no por eso le faltan al cristiano perseguidores, ni necesita menos constancia y fortaleza para triunfar de sus esfuerzos. El mundo, que pretende fijar en nuestros corazones la máximas perniciosas de su doctrina, es un tirano que nos persigue. Lo es tambien el demonio cuando con imperceptibles sugerencias intenta que le doblemos la rodilla y ofrezcamos incienso en los inmundos altares donde se adoran sus obras. La carne, finalmente, está continuamente promulgando una ley contraria á la del espíritu, y

tiene declarada guerra y persecucion contra los que desprecian sus decretos. ¿Y será menos necesaria la fortaleza para vencer estos terribles enemigos, que lo fué en los mártires para vencer los tormentos? Si se mira solamente al aparato exterior; espantoso, cruel y sangriento, parece que á menos costa podemos contar con un triunfo seguro; pero si se atiende á las continuas victorias que logran de nosotros nuestros enemigos, se hace necesario concluir que, ó son ellos mas poderosos y temibles, ó nosotros demasiadamente cobardes y flacos.

Lo cierto es que no tenemos valor para resistir á la inclinacion poderosa de nuestras pasiones, ni osamos rechazar el impetu con que nos asaltan. Ellas nos inclinan á la ambicion, á la avaricia, al ocio, á la deshonestedad, al robo, á todo género de vicios. El mundo siempre falaz y lisonjero nos convida en cada una de estas cosas con un torrente de conveniencias y de gustos. Por otra parte, la razon, Dios y su ley santa nos imponen el desprecio de los deleites, la abnegacion de sí mismo, la santa humildad, la mortificacion cristiana, el amor á los enemigos, y todas las virtudes: pues todas sin exceptuar ninguna se nos intiman en el Evangelio. Y ¿qué es lo que nosotros hacemos en semejantes circunstancias? ¿Henchimos el pecho de aquella soberana fortaleza que sabe contrarrestar todo el poder de nuestros enemigos? ¿Clamamos al Dios de las misericordias, diciendo con el profeta: *Señor, amparadme, que me violentan mis contrarios?* ¿Cooperamos á la virtud del Espiritu Santo, que siempre está pronta á derramarse en nuestros corazones, con tal que nosotros le pidamos con proceder y confianza de hijos? Nada de esto hacemos por lo regular; antes bien, llenos de temor y cobardía, nos dejamos dominar de nuestros enemigos. Miramos sus placeres, sus honras, sus riquezas con un microscopio que nos hace

temibles sus fuerzas, y casi imposible por nuestra parte la victoria. Creemos por otro lado que los altos montes de virtud adonde subieron los justos, son para nosotros inaccesibles: ¡O cristiano! vuelve en tí; mira que todo eso es error; todo es ilusion; todo es efecto del miedo y cobardía con que peleas. Armate de fortaleza, y no dudes del vencimiento.

Cuantos placeres imaginas en los mundanos, otros tantos son fantásticos y fingidos; y por el contrario, todo cuanto piensas que es horror y lágrimas en la virtud, todo es tranquilidad, sosiego y delicias. Desnúdate de la preocupacion con que el mundo y la costumbre te tienen engañado. Aclara tus ideas, y conoce bien qué es aquello á que con razon y justicia debes dar el nombre de deleite. Convéncete que este no se halla entre el tumulto de mil deseos no saciados; sino en aquella alma afortunada que ama lo que debe, y vive con reposo entre los movimientos tempestuosos del mundo. Entrate por un momento en el corazon del cortesano, del poderoso, del monarca mismo; ningun tesoro encontrarás allí, ninguna multitud de criados, ningunos poderosos ejércitos; sino cuidados, temores, zelos, sospechas, deseos, impaciencias, rivalidades, inquietud perpetua, verdadera desventura. Entrate ahora en el de aquel monje ó frailecito retirado, desconocido enteramente del mundo, y cuyos deseos no salen del rincon de su celdilla pobre, sino para dirigirlos al cielo, que espera poseer, lleno de una sencilla confianza en la misericordia de Dios y en sus obras. ¡Qué sosiego reina en su corazon! ¡qué apacibilidad en su semblante! ¡qué dulzura en sus palabras! ¡Qué hartura encuentra en el ayuno! ¡qué satisfaccion en la penitencia! ¡qué alegría interior en las lágrimas que derrama! En vista de esto, ¿no es cobardía culpable no atreverse á despreciar los bienes con que el mundo está en guerra, puesto que son

males verdaderos, y tener miedo para seguir los caminos de la virtud, en donde únicamente se encuentra felicidad verdadera, y aquella dulce paz de todos deseada?

#### JACULATORIAS.

*Deus meus adjutor meus, et sperabo in eum.* Salm. 17.  
Mi Dios es toda mi ayuda, y en él colocaré toda mi esperanza.

*Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero.* Ibid.

Invocaré á mi Señor con cánticos de alabanza, y conseguiré de mis enemigos una entera victoria.

#### PROPOSITOS.

1. Es constante que los primeros cristianos nos llenan de admiracion con sus gloriosos vencimientos, que eran consecuencias forzosas de la fortaleza divina con que estaban guarnecidas sus almas. Es igualmente cierto, que esta fortaleza era una virtud, un don del cielo, que ellos procuraban de la misericordia de nuestro Dios, por medio de su vida santa é inculpable. De esto se sigue que, imitándolos en los medios, precisamente hemos de conseguir los mismos fines. Cuando la virtud exigiese de nosotros el sacrificio de la vida, las mismas consideraciones que hicieron que los mártires la pospusiesen á la muerte gloriosa, deberian causar en nosotros una generosidad santa para ofrecerla á los piés de Jesucristo. La vida no es amable sino en cuanto puede proporcionarnos una buena muerte, que es principio de otra vida mucho mejor y mas duradera. Por esta se hacen con razon todos los sacrificios, y aun la vida temporal ha sido justamente uno de ellos, como se ve en todos los mártires. Por eso dice san Agustin(1): Nada hace que la muerte sea mala,

(1) Lib. 1, Civit. Dei c. 44.

sino lo que se sigue á la muerte. Por tanto, supuesto que se ha de morir, nuestro cuidado no ha de ser cómo hemos de morir, sino adónde iremos despues de la muerte. Porque sabiendo como saben los cristianos, cuánto mejor y mas preciosa fué la muerte del pobre Lázaro entre la miseria y los perros, que la del rico impío entre púrpuras y brocados, deben inferir que la muerte, por horrorosa que sea, ningun daño acarrea á aquellos que han sido virtuosos en vida.

2. Mi Dios, y mi Redentor: vos mismo habeis confirmado esta doctrina con vuestra santísima vida, llena de trabajos y persecuciones, y con una muerte la mas ignominiosa y sangrienta. Aunque me cueste el mayor dolor hacer violencia á mis pasiones, yo propongo firmemente abrazar vuestra ley santa, y cumplir exactamente vuestros preceptos. Yo confio que me daréis aquella fortaleza que disteis á vuestros esforzados mártires para poner por obra mis deseos; y ayudado de vuestra divina gracia, ni temeré las asechanzas de mis enemigos, ni habrá penas, tormentos ni penalidades en este mundo, que no sufra con gusto para mantenerme constante en estos saludables propósitos.

---

#### SAN MELECIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Melecio, de quien san Juan Crisóstomo y san Gregorio Niseno hacen tan magnifico elogio, nació en Melitene, ciudad de la Armenia Menor, hacia el principio del cuarto siglo. Su familia era de las mas nobles del pais; fué de un natural tan dulce, tan apacible, tan amigo de dar gusto á todos, y de una inclinacion tan naturalmente propensa á todo lo bueno, que parecia en él innata la virtud. Desde la niñez fué su vida irreprochable; su modestia, su mansedumbre, la inocencia de sus costumbres y sus graciosísimas modales